

EN MEDIO DE LA NOCHE

POR FELIPE BENEGAS LYNCH



El cuchillo estaba en la cocina. Las astillas sobre la rodilla. Pierna adentro el joven entró, exalado por la noche. Ojo por ojo. Diente por diente. Se abalanzó sobre la casa, el auto y la chica y en un segundo estaba ahí: con las manos desarmadas de la noche, buscando algo con que herir la intimidad de esa familia que no era la de él. Tomó el cuchillo que no era suyo. Lo colocó sobre el cuello de esa chica que no era su novia ni su hermana y la obligó a subir la escalera para comenzar la demanda formal de dinero, teléfonos, joyas. Era una familia numerosa. El padre, calmo, trató de hacerlo reflexionar: se podía llevar todo, pero tenía que soltarla a ella. Se lo podía llevar incluso a él. Ese fue el trato y partieron en el auto del doctor con el botín rumbo a La Cava.

El escenario me resulta familiar. Vivo a dos cuadras de esa casa. Estuve en esa cocina incluso, buscando una receta una mañana en la que irrumpí en el desayuno familiar del doctor. Porque Héctor ayudó a recibir a mis dos hijas. Compartió mansamente el alumbramiento y nos felicitó antes de partir. Su casa queda frente a la parada del colectivo. De ahí al barrio marginal adonde el joven lo hizo conducir no hay ni veinte cuadras. Es un barrio tranquilo. A pesar de las abismales diferencias que se manifiestan en menos de veinte cuadras.



Lo que hizo el joven fue “una entradera”, en la jerga de los noticieros. Recuerdo otra ola de robos en los comercios de la zona hace unos dos años, cuando nos mudamos. En el quisco, en la ferretería, en el almacén. El verdulero se salvó de milagro. La modalidad era otra: “motochorros”. A plena luz del día aparecía un escueto malón de dos montados en una moto y pasaban a cobrar como si estuvieran recogiendo el diezmo. Ni hablar de los uniformados de la comisaría cercana.

Los noticieros insisten con su jerga. Hace meses que se habla de la “justicia por mano propia”. Un carnicero atropelló al ladrón. Otro hombre mató a su asaltante a balazos. La Justicia deberá determinar responsabilidades, dicen. En muchos casos el implícito es que está bien que los acribillen a balazos, que los pisen o los dejen inválidos a patadas. Son la lacra que debe desaparecer.

Eso fue lo que muchos le dijeron al hermano de Héctor cuando la familia decidió hacer público lo que había pasado. Porque a pesar de que estaba claro lo que había pasado, había mucho por esclarecer. Porque cuando Héctor salió de su casa con el auto rumbo a La Cava los móviles de la policía comenzaron a disparar a mansalva y él tuvo que huir, alentado por el cuchillo que vacilaba en su cuello sostenido por la mano de un joven de 19

años. Cuando apareció otro patrullero que lo interceptó de frente la balacera se multiplicó. Como en las películas. Salvo que aquí el rehén no era la prioridad. Tampoco la vida. No hubo una tensa negociación. Ni siquiera una advertencia. Tampoco se solucionó mágicamente con un francotirador que matara al malo y liberara al bueno.

Ese fue el problema. Que el obstetra, en su descarga, sostenía que su captor era tan víctima como él. Que debía haberse preservado la vida por sobre todo. Y la vida no es privilegio de unos sí y de otros no. No reconoce barrios ni oficios, buenos o malos. Más de un buen vecino manifestó su horror al ver que se victimizaba al victimario. Porque para colmo de males, Héctor y su hermano decidieron comunicar que el chico se llamaba Javier, que tenía 19 años y que su historia familiar no era para nada alegre. Como para entender que anduviera haciendo entraderas a las diez de la noche adonde no lo llamaron. Y que además se lleve una balacera de regalo y le quiten su preciado botín, que la policía decidió conservar antes que devolvérselo a su evidente y maltrecho dueño.

Está claro que Javier no es el dueño de lo que usurpó valiéndose de amenazas. No se trata de justificar su acto. El dueño es Héctor, que en una pausa de la balacera decide bajarse del auto, esperando que la policía lo

resguarde de tamaña persecución, y recibe en el acto un balazo que le hace estallar el fémur y lo deja inmobilizado, expuesto a las esposas y al maltrato de los uniformados, que ya están calculando el descuento que le van a hacer del total del botín. Porque para algo trabajan. Y ese chico se había cortado solo. El diezmo es algo para compartir. Y de eso no se salva ni el obstetra ni el ladrón. Como no se salvaron el almacenero, el ferretero o el quiosquero cuando les tocó enfrentarse a esas incursiones al estilo *far west* en una zona evidentemente “liberada”. Vale aclarar que la comisaría en cuestión está a apenas unas cuatro cuadras de esos comercios y a dos cuadras de lo de Beccar Varela. Vale aclarar también que en este país, viciado de dictaduras y sometimientos, la policía no es el mejor referente de seguridad. Al menos así me lo han inculcado a mí: la policía mejor lejos.

La jerga del periodista radial estalla cuando el hermano de Héctor insiste con su posición: no exige “mano dura” para vengar el mal rato que vivió su hermano, tampoco se escuda en la posibilidad de que la policía hubiera confundido al doctor con el delincuente por inoperancia. Dice abiertamente que no hubiera estado bien que mataran a Javier. Además, la policía había sido alertada acerca de quiénes eran los dos tripulantes del auto. Y en ninguna parte del trayecto hubo agresiones desde el auto de Héctor para con el patrullero.

Héctor y su hermano portan uno de los apellidos más emblemáticos y tradicionales de San Isidro. El periodista expresa abiertamente su prejuicio: esperaba más violencia de parte de su interlocutor para con el chico y no tanto encono con la policía. El hermano de Héctor es abogado, calmo como Héctor y locuaz como lo exige su profesión. Seguramente por eso lo eligieron como vocero familiar. Hábilmente corre el foco de la cuestión: la inseguridad no es solamente lo que vive la gente decente y profesional a causa de robos y secuestros. Inseguridad es sobre todo lo que vive diariamente un chico como Javier, que habita en la calle, sin padres, sin trabajo y con recurrentes entradas a la cárcel. Inseguridad es que tanto Javier como Héctor tengan que enfrentarse a una policía que no muestra ningún respeto por la vida y que vive de los negociados y la corrupción.

El abogado de doble apellido aclara una vez más: lo terrible es que se está hablando de este tema porque es la pierna del obstetra sanisidrense de

doble apellido la que estalló. Si Javier hubiera sido el herido, nadie se hubiera tomado el trabajo de cuestionar el accionar de los oficiales, ni siquiera para alegar un caso de “gatillo fácil”.

Al parecer, a los hermanos Beccar Varela no les importa ganarse la indignación de quienes los insultan por amparar a los malos. A ver si el abogado sería tan generoso si a Héctor lo hubiera matado el delincuente. Pierna adentro todos sabemos que no es fácil perdonar a quien nos agrede. Ojo por ojo, diente por diente, preferimos creer que la venganza es un camino justo y necesario y que no tenemos nada que ver con el hecho de que existan esos barrios marginales. Por eso La Cava es un pozo que debe tragarse a sí mismo y ser olvidado. Hay una violencia constitutiva en el entramado de esos barrios de la que no podemos ni queremos hacernos cargo. La vida que allí prolifera pareciera ser de otra categoría, condenada a desaparecer o a devorarnos en una batalla feroz.

Una hermana de Héctor concurre habitualmente a La Cava y sabe que el pozo sigue allí, repleto de gente que lucha por vivir dignamente en penosas condiciones. Por eso saben que el chico se llama Javier, que su madre murió cuando él era pequeño, que su padre lo abandonó y que vive en la calle. Javier no es el único chico que delinque ni el único que pide en las esquinas ni el único que no tiene una familia ni un hogar estables. Pero Javier no mató a Héctor. Si lo hubiera hecho, otra sería la historia. Él entró a robar y tomó el cuchillo que estaba en la cocina. Eso es suficiente para que las autoridades competentes tomen cartas en su caso, pero no para que lo maten los mismos que lo instigan a robar.

Las astillas del hueso recrudecen la herida. Hubo que abrir y operar, varias veces. Ahora Héctor reposa en el hospital adonde realiza habitualmente los alumbramientos. Esta vez fueron sus huesos astillados los que alumbraron a un niño en medio de la noche.



* Aquí remitimos a algunas de las repercusiones mediáticas del hecho. El último link da cuenta, además, del encuentro de uno de los hijos de Héctor con Javier a través de la labor que la Fundación Espartanos realiza en las cárceles, a través del rugby.

<https://www.youtube.com/watch?v=2ZkPnb-u8x8> (Tenembaun, 89.9)

<http://www.lanacion.com.ar/1944833-un-medico-victima-de-la-violencia-policial> (Diario La Nación)

<https://www.youtube.com/watch?v=9jP4ScTNvHk> (Nelson Castro, TN)

<https://www.youtube.com/watch?v=s1bwEuQyOXg> (Zona de Investigación, Canal 9)

<http://www.fundacionespartanos.org/>